

***Homilía de monseñor Fabriciano Sigampa, arzobispo de Resistencia en el Te Deum
celebrado en la en la Iglesia Catedral de Resistencia el del 25 de mayo de 2010***

En el día de nuestra queridísima Patria saludamos a todos y a cada uno de ustedes, especialmente a nuestra querida Intendente, doña Aída Ayala, al Señor Gobernador. Y a todos ustedes, a quienes los voy conociendo día a día en esta responsabilidad grande que tenemos de conducir, servir, llevar adelante los proyectos.

Tenemos aquí, a nuestro lado, la Enseña Patria. Bandera, con la cual estamos comprometidos desde niños, cuando hacíamos aquella promesa de defenderla mientras palpita nuestro corazón. Y eso ha quedado muy grabado en nuestro corazón y por eso sentimos por ella un gran respeto.

Estamos hoy, cuando se cumplen los 200 años de aquel acontecimiento con el cual se inicia la vida y se va perfilando una nueva nación.

Por eso queremos dar gracias a Dios con el solemne Tedeum, esta alabanza que brota del corazón de un argentino, de un cristiano. Estamos frente a un Dios que es fuente de toda razón y justicia, para alabarlo porque se lo merece. Y pedirle a la vez que ilumine nuestras conciencias de ciudadanos para servir a nuestra Patria, desde ese liderazgo, capaz de promover el desarrollo integral de la persona y de la sociedad.

Queremos recordar hoy que nuestra Patria es un don de Dios, confiado a nuestra libertad como un regalo que debemos cuidar y perfeccionar. Por eso la Iglesia nos dice en este tiempo y para este momento, que “la Patria es un don y la Nación es una tarea”. También nos dice la Iglesia, como cristianos y ciudadanos, está por nacer un país nuevo, aunque todavía no acaba de tomar forma. Esta bella imagen muy cercana a nosotros, cuando la mamá le dice a su esposo: “hay una criatura nueva que está iniciando su vida” y es motivo de alegría, porque algo nuevo, no conocido, empieza su vida, así, escondida, al cuidado de ellos dos.

Y con esta imagen la Iglesia nos quiere hacer ver a nosotros hoy. Los pediatras dicen, y gracias a ellos sabemos, que en los primeros años de vida de una persona debemos extremar los cuidados. Es el tiempo que debemos recorrer, entre este 25 de Mayo y el 9 de Julio de 2016. Son esos seis años que necesita un chico, una criatura, para desarrollarse. Y por eso tenemos que aportar lo mejor para que llegue a esa plenitud de vida. Creo que seis años son suficientes para poner todos los elementos requeridos para un sano crecimiento de nuestro país.

No podemos ni debemos soslayar este tiempo de gestación de una nueva nación. Nos necesitamos todos juntos para este nuevo proyecto de país. Debemos estar unidos de valores fundamentales donde sobresalga la fe, la amistad, el amor por la vida, el respeto por la dignidad de la persona, varón o mujer, un espíritu de libertad, de gran solidaridad, un profundo interés por la educación de los niños y de jóvenes; una exquisita valoración de la familia, para que sea siempre casa y escuela de comunión. Estos son algunos de los fundamentos sólidos y verdaderos que tienen su origen precisamente en Dios y permitirán un justo y solidario desarrollo de nuestra Argentina.

El Bicentenario, queridos hermanos se nos presenta, como un tiempo providencial. Depende de nosotros, de cada uno, aprovechar o perder esta oportunidad. Debemos tomar el Bicentenario como un Jubileo, como un tiempo de gracia particular, un tiempo bendecido por Dios cuya característica debe ser siempre la alegría. Será siempre tiempo de alabanza y de Acción de gracias.

El Jubileo nos hace recordar lo que sucede en nuestras comunidades cuando se celebran los 25 ó 50 años de matrimonio, las bodas de plata o las bodas de oro. En la conciencia de los pueblos estos jubileos están bien claros. Por eso se celebran en un clima de fiesta, porque permite el encuentro con algunos que hace tiempo no se veían. Es ocasión el Jubileo para renovar vínculos con los amigos que participan, para abrir nuevos horizontes que sirvan para el bienestar de todos.

Desde esta experiencia familiar nos debemos remontar para vivir la grandeza de celebrar este Bicentenario.

Esta oportunidad nos permite a todos mirar el camino recorrido, y honrar lo mucho y bueno de nuestra propia historia. Desde allí podemos valorar el presente y construir el futuro.

Debemos mirar con sinceridad también aquello que no permite ni favorece la construcción del futuro. Lo que impide esa construcción es precisamente la desconfianza entre nosotros, el ver la reconciliación como una debilidad y no como una grandeza de alma, la magnanimidad.

Otro aspecto en contra que no permite construir es mantener momentos de conflictividad, que alimenta la confrontación e impiden el diálogo fecundo y duradero.

También debemos superar y cuanto antes mejor, el salir de nosotros mismos, sólo así podremos ratificar y potenciar la opción preferencial de amor por los pobres. Cuando salgo de mí y lo descubro como mi hermano.

Por eso creo que es tiempo de cultivar el don precioso del diálogo. El ejercicio maduro y profundo del diálogo hace posible concretar nuevos acuerdos para proyectar el futuro del país y un país con futuro como dice la Iglesia en ese documento del Bicentenario.

Parece muy oportuno ofrecer en este tiempo, en esta circunstancia, en esta oportunidad del Bicentenario, algunas metas a alcanzar en el futuro, partiendo siempre de la dignidad inviolable de la persona, de cada persona, de una concepción integral de ella. Y la Iglesia con cierta sabiduría señala algunas de estas metas.

Recuperar el respeto por la familia, tan debatida hoy, tan controvertida por diversas situaciones.

Recuperar el respeto por la vida. Yo, cuando recorro las comunidades, si hay algo que alegra y llena el corazón del Obispo, es la cantidad de niños. Y uno los mira, los contempla, y desde la fe digo, ¡cuánta riqueza humana hay en el Chaco, cuántos proyectos de Dios vivos en esas personas! Y en esas personitas, chiquititas, que tienen que desarrollarse, que tenemos que acompañarlas, desde la familia y desde la escuela, desde la sociedad.

Esa riqueza no tiene precio. Sólo Dios, que es rico en misericordia nos permite a nosotros ser ricos humanamente.

Por eso será un desafío. Y lo dijimos el día de Santa Rita, en la multitudinaria convocatoria de Puerto Tirol, con los niños allí en el altar. Yo tenía en los brazos un pequeño. Y ese pequeño hombre va a ser grande, hombre, en la medida que le hagamos vivir, sentirse amado desde el seno materno para que pueda percibir en su adultez la grandeza del amor. Sólo así tendremos personas con compromiso ciertos, seguros y duraderos.

También la Iglesia nos pide avanzar en la reconciliación entre los sectores. A veces yo escucho cómo nos ofendemos, queremos anularnos unos a otros. Y eso debemos corregir cuanto antes. Recuerdo palabras preciosas de Juan Pablo II en su documento, quizás poco leído y practicado, el “Novo Millennio Ineunte”, en el “Nuevo Milenio que se inicia”; después de hablar de la espiritualidad de comunión, él dice que “mi hermano es alguien que me pertenece y que las riquezas y cualidades que él tiene personalmente han sido puestas en él para enriquecer a otro, sino nos empobreceríamos mucho si no valoramos la riqueza que el otro tiene”. Esto nos llevaría a todos y a cada uno de nosotros a ser capaces de un diálogo profundo y sincero que se traduzca en amistad social.

Podemos tener y debemos tener diversidades. ¡Y son buenas! ¡Dios mismo es trino, es Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero! Ninguno de ellos desplaza al otro, ni es enemigo del otro. Por eso nos expresan desde la diversidad la unidad.

Esta amistad social debemos cultivar porque es lo nos va a permitir a nosotros, cristianos y ciudadanos de este Chaco y de este país, a hacer una Pascua, a pasar de ser un simple habitante a ser un ciudadano responsable. El ciudadano es aquel que construye la Nación, que vive sus derechos y cumple también con sus deberes y obligaciones. Es hacer pasar a un bautizado a un cristiano maduro. Eso es pasar esa Pascua de ser un simple habitante a un ciudadano comprometido, consigo mismo, con su tierra, con su Patria.

También otra meta que debemos alcanzar, muy necesario y urgente: mejorar el sistema político y la calidad de la democracia. Esto supone reformas profundas, esto supone nuevos dirigentes. Yo creo que la tarea fundamental para vivir este Bicentenario, es tener esta reforma, animarnos a reformar, animarnos a crear nuevos dirigentes, que puedan conducir los destinos de la Patria por caminos seguros.

Otra meta que nos señala la Iglesia, afianzar la educación y el trabajo. Y la Iglesia dice que “son claves del desarrollo y de la justa distribución de los bienes”. Y debemos hacerlo, tenemos que superar.

Hace pocos días la Escuela Normal celebraba sus 100 años de vida, con una legión de maestros. Cómo no agradecer a esa Institución, que ha hecho tanto y que debe seguir haciendo mucho más todavía. El educador es el artífice que plasma en ese niño, a ese hombre nuevo que se está gestando. Por eso necesitamos maestros de calidad.

También la Iglesia nos indica promover el federalismo. Ayer escuchaba a aquellos hombres, que murieron pobres, desterrados varias veces, por defender su tierra, su visión de provincia junto con otras provincias. Y la Iglesia nos dice: “Esto supone la justa y necesaria autonomía de las provincias”. También de los municipios con relación al Poder Central. Y no nos debe asustar. Las provincias nacieron antes, gracias a Dios. Por eso duele cuando alguien nos dice “provincianos”. A mí no me duele porque soy eso: ¡provinciano!, con identidad propia. ¡Por eso saben de dónde vengo, hasta por la tonada me conocen, quiera Dios que nunca la perdamos, porque es lo distintivo del hombre!

Queridos hermanos, estos son algunas metas que debemos tener en cuenta al iniciar este nuevo Centenario de la Patria. Por eso en este día, que es grande para el país, que es grande para esta provincia del Chaco, queremos poner todo esto en las manos y en el corazón de la Virgen, Madre de Cristo, Madre de ese hombre nuevo. Poner en sus manos este don y esta tarea para que Ella, como buena Madre, nos ayude a descubrir lo que significa ser Camino, Verdad y Vida.

Que así sea.

Mons. Fabriciano Sigampa, arzobispo de Resistencia